

RECUERDOS DE 50 AÑOS

Prólogo

El tiempo pasa de manera inexorable. Nos encontramos a punto de cumplir 50 años de un suceso trágico que afectó a nuestro país y cuyo recuerdo, lo que no debería sorprender, nos seguirá acompañando durante mucho tiempo más. El 11 de septiembre de 1973 no fue un golpe de Estado más. No fue comparable con una guerra civil, que, aunque sea violenta, incorpora a lo menos una cierta simetría en los medios utilizados por las partes. El golpe de 1973 fue una manifestación de violencia, terror y crueldad que no se había presenciado previamente en Chile, en la cual se manifestó lo más bajo y ruin que se pueda hallar en el alma humana.

Hace diez años, recordé los sucesos y me enfoqué en mis vivencias durante aquellas circunstancias difíciles. Este relato es una versión más completa de la historia, con algunos comentarios que da la luz con el paso del tiempo.

Una opción es acercarnos al suceso desde un enfoque presentista; es decir, analizándolo desde una perspectiva actual. Por el contrario, tenemos la posibilidad de situarnos en la época. En mi opinión, para explicar y comprender lo ocurrido, es fundamental ubicarse primero en la época, utilizar la información que se dispone en ese momento y reflexionar en consecuencia. Por otro lado, para una crítica que posibilite llegar a conclusiones en una perspectiva de larga duración, requerimos un espacio temporal. No tengo certeza de si se encuentran todas las condiciones necesarias para tal objetivo. Por lo menos, intentaremos ir haciendo camino.

A pesar de que el análisis al respecto ha progresado en la última década, las condiciones para obtener conclusiones respecto a la viabilidad del proyecto de la Unidad Popular siguen siendo un problema complejo. Existen progresos, pero también retrocesos. Para los 50 años, estamos atrapados en lo que se denominaría el mito del número. "50" no es lo mismo que "40" o "30". Para el presente aniversario conmemorativo, hemos retrocedido. La contingencia, sin lugar a duda, desempeña un papel importante, donde entre los llamados a conducir la política, ha faltado capacidad y seriedad. Se ha preferido el cálculo mezquino, el oportunismo y la mediocridad.

La historia nos muestra que es difícil determinar si un proyecto social es viable antes de su puesta en marcha. Aún menos, ya embarcados en el proceso. Aprendimos de Marx acerca de la necesidad de que se encuentren condiciones objetivas mínimas para una revolución. Resulta una falacia el tratar de convencerse de que estas condiciones se pueden forzar o se pueden alcanzar en el camino, una vez embarcados. El siglo XX nos dio ejemplos claros sobre esto. Sin embargo, nos encontramos con una piedra de tope. No olvidemos que el hombre que desee hacer la revolución vive en su presente y es en ese momento cuando tiene la oportunidad de formar parte de su historia. A pesar de que planea su trabajo para un futuro mejor, que probablemente no podrá vivir, debido a procesos que superan a una generación, le resultará muy difícil renunciar y postergar su proyecto personal; aunque las condiciones materiales objetivas le indican no estar maduras. No debemos olvidar que se vive solo una vez y la oportunidad de ser sujeto del cambio es una. Ese es el punto.

De ahí surge un hecho evidente que no podemos ignorar. El proceso de la Unidad Popular fracasó, lo cual nos obliga a ser autocríticos. Sin embargo, hay que dejar muy en claro, que lo anterior no justifica bajo ningún punto de vista las atrocidades cometidas durante la dictadura de Pinochet, de las cuales particularmente él fue su principal responsable. Lo ha señalado claramente el ex comandante del Ejército, General Ricardo Martínez, cuyo libro tiene descompuestos a quienes incomoda que la calaña de Pinochet haya sido expresada por boca de quien no esperaban. Quizá, porque la comparten.

Mis recuerdos

Me referiré a mis vivencias relatando los meses anteriores al 11 de septiembre de 1973 y, en particular, los sucesos ocurridos a lo largo de esta última fecha, que nos ayudará a ubicarnos en contexto.

Al analizar el tema y analizarlo desde el presente, todo parece indicar que la prolongada visita de Fidel Castro en noviembre de 1971 fue el comienzo de la debacle, una especie de punto de inflexión dentro del proceso en el que se embarcó la reacción y el imperialismo norteamericanos desde el mismo 4 de septiembre de 1970, con el fin último de hacer fracasar al gobierno de la Unidad Popular. A pesar de lo expuesto, mi percepción, al situarme en esa época, me lleva a definir como la fecha clave el viernes 29 de junio de 1973. Ese día, la reacción escenifica un intento de golpe con el objetivo de evaluar las fuerzas reales con que contaba el gobierno y, de esa forma, ajustar, si fuera necesario, la estrategia para los meses venideros.

Se constató aquel día que no existían grupos organizados y menos armados capaces de defender al gobierno; ni cordones industriales o poblacionales que actuarían. Se trataba de lo que los golpistas requerían comprobar; lográndolo con creces.¹

Ese día llegué temprano a clases, a las que nunca dejé de asistir durante aquellos años, aun cuando dormía muy poco, consecuencia de la intensa actividad ligada a la política. Nunca comprendí completamente esa costumbre casi atávica de que la política requería para su desarrollo quitarle horas al sueño y que para muchos llevaba a retrasar el comienzo de la jornada. Esto llevaba a perder horas importantes para interactuar con la realidad cotidiana, que favorece la observación y el análisis del devenir de los acontecimientos, para así actuar en consecuencia.

El ambiente aquel día era inquieto y paralizante. Nadie sabía qué hacer. Nos reunimos muchos estudiantes en una suerte de asamblea, en la azotea de la Universidad.² La dirigencia brillaba por su ausencia. Tomó tiempo para que alguien alzara la voz. Se escucharon los planteamientos más descabellados, de los cuales recuerdo uno en particular: utilizar los talleres mecánicos, con sus maltrechos tornos, fresas, cepillos y otras máquinas para fabricar armas. Por cierto, para ese proyecto no se disponía de materiales, ni de experiencia y mucho menos de planos. Todos se miraban y preguntaban parafraseando inconscientemente a un Lenin, que, a diferencia del original, no tenía respuesta al: ¿Qué hacer?

Las noticias poco precisas que se recibían de Santiago se disiparon por la tarde, al informarse de que el golpe había sido controlado por las propias fuerzas armadas. Para algunos vino el alivio, para los que pensaban un poco más, importaba otra preocupación, ya que habían quedado al desnudo las deficiencias de las fuerzas que apoyaban al gobierno.

Terminamos ese día destruyendo documentación, quemando libros y haciendo desaparecer todo adminículo comprometedor. Me tomó años reconstruir mi biblioteca, que en parte había terminado en las fauces de Vulcano.

Desde aquel día el cronómetro avanzaría inexorablemente.

¹ Ese hecho le quita toda verosimilitud al bullado Libro Blanco que publicó la Junta Militar con posterioridad al golpe, donde se mencionaban milicias y fuerzas guerrilleras extranjeras, que, de haber existido, habrían actuado para el “tancazo”

² Universidad Técnica del Estado. Sede Antofagasta.

¿Qué estaba haciendo en la Universidad Técnica de Antofagasta?

En el Colegio San José de Antofagasta había realizado mis preparatorias y humanidades, egresando en 1968. Era considerado un buen alumno en términos de rendimiento académico, excepto en dos disciplinas para las cuales mi falta de talento era materia comprobada. Por un lado, todo lo referido a las artes plásticas y manualidades; por otro, las actividades físicas y deportivas. Para las demás, no solo tenía un rendimiento satisfactorio, sino que todas eran materias de mi interés.

Egresado, mi déficit atencional, complementado por una dispersión vocacional explica una corta estadía en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en 1969, para luego ingresar en 1970 a la Escuela de Sociología de esa misma Universidad. Mi experiencia en esa Escuela dará oportunidad algún día para escribir un capítulo especial. Allí conocí a mucha gente que jugarían un papel relevante en los años venideros.

Circunstancias que no vienen al caso y que no tienen relación alguna con la política y los estudios me hicieron retornar en septiembre de 1971 a Antofagasta, que siempre he considerado como mi “ciudad adoptiva” y por la que siento un gran afecto. Probablemente, si mi regreso a Antofagasta no se hubiera dado, habría seguido en esta última Escuela, a lo más, hasta su cierre en septiembre de 1973. Elucubrar cómo habría sido mi futuro en esas circunstancias no corresponde. Solo puedo señalar que la represión fue brutal y que dos de mis compañeros más cercanos- Jaime Robotham Bravo y Claudio Thauby Pacheco- fueron asesinados luego de haber sido cruelmente torturados por los esbirros de la dictadura. Con Jaime fuimos amigos. Estuve varias veces en su casa. Aunque pasaran los años, cada vez que doblaba en Irarrázaval para tomar Ricardo Lyon, al pasar frente al N°3306 lo recordaba. Era una muy buena persona. De allí salió por última vez el 31 de diciembre de 1974, junto a Claudio, después de tomar onces. Este último fue particularmente vejado y mal tratado, ya que había pasado previamente por la Escuela Militar.

En Antofagasta ingresé a la Universidad Técnica del Estado en 1972 a la carrera de Ingeniería Mecánica, que terminó siendo mi profesión en el curso de mi vida laboral (1978-2015). Curiosamente durante mi estancia en Sociología, donde se vivía la política siguiendo un sistema 24/7, nunca milité en partido ni movimiento alguno. Me sentía más cerca, eso sí, del Partido Socialista, por el cual voté para mi primera elección en marzo de 1971. En Antofagasta, a poco

de ingresado a la Universidad, ya participaba en el Frente de Estudiantes Revolucionarios, uno de los frentes de masa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).



Sede UTE Antofagasta

Fueron 18 meses intensos, desde abril de 1972 a septiembre de 1973.

Nunca trabajé tanto ni dormí tan poco. La salud me pasaría la cuenta en 1974.

Mi experiencia radial

Un amigo, que piensa distinto a mí, pero a quien aprecio, al saber de esta experiencia me alentó con un: ¡cuenta más! Bueno, aquí va una breve relación de los hechos.

Las comunicaciones siempre han sido motivo de interés para mí. Quizá en una vida pasada fui periodista, al punto que alguna vez estuve a punto de ser seleccionado para un Curso de Cinematografía.

Al saber que el Centro de Alumnos de Electricidad tenía un programa en la Radio de nuestra Universidad, me ofrecí para colaborar. Allí, oficié de libretista y locutor junto a un compañero de esa especialidad.

¿De qué hablábamos en nuestros programas? Bueno, bastante fácil de imaginar. Fueron muchos, de los cuales, recuerdo particularmente dos. Uno, destinado a conmemorar el natalicio de Lenin en abril y, sobre todo, el último, emitido el viernes 7 de septiembre de 1973.

El martes 4, aniversario del triunfo de la Unidad Popular, grabadora en mano, habíamos salido a reportear la concentración conmemorativa al centro de la ciudad. Se había armado un escenario en la calle Arturo Prat, que miraba en dirección oriente. Nos impactó constatar una asistencia un tanto menguada, poco

entusiasta, casi cansada, para no decir agotada. Se percibía desazón. En ese ambiente casi surrealista, recuerdo a Mario Silva Iriarte cerrar el acto, terminando su discurso con un necrófalo “Patria o Muerte”, mientras parte de la asistencia ya comenzaba a retirarse. Silva, dirigente del PS y Gerente Regional de CORFO junto a otros dirigentes, entre ellos Washington Muñoz, fueron asesinados 45 días más tarde por la Caravana de la Muerte, comandada por Sergio Arellano Stark, secundado a su vez por Armando Fernández Larios y Marcelo Moren Brito, entre otros. A este último sujeto, me tocaría tratarlo el miércoles 12.

Aquel viernes 7, con ocasión de nuestro último programa recuerdo haber estado apurado, ya que al día siguiente teníamos un viaje en un bus de la Universidad (más micro que bus), ya que por las huelgas no se contaba con movilización convencional. Teníamos que estar el lunes 10 para un Congreso Nacional de Estudiantes de Ingeniería Mecánica de la UTE el cual se inauguraba ese día en la sede central de la UTE en Santiago.

Centramos ese último programa transmitiendo nuestras impresiones y grabaciones recogidas durante mi primera y última experiencia reporteril, tratando por cierto de mantener una postura positiva. Veíamos venir el golpe como algo inevitable. Solo nos quedaba la esperanza de que parte de la oficialidad, pero por sobre todo de la sub--oficialidad y de las tropas no se sumaran al golpe; pretensión ingenua si se tiene en cuenta la experiencia del 29 de Junio y la férrea disciplina interna de las instituciones armadas.

El 11 de septiembre de 1973

Los 1385, km de trayecto desde Antofagasta a Santiago en una micro no fueron tan terribles, teniendo en cuenta las circunstancias. Viajamos el 8 y llegamos el domingo 9 por la noche. Solo recuerdo que, a medida que nos acercábamos a Santiago, en más de una ocasión, vimos camiones transportando tropas, lo cual no era habitual. Escuchamos ese domingo el discurso de Carlos Altamirano en el Estadio Chile que, ubicado en esa época, resultaba coherente con el estado de la situación. Con o sin discurso, los dados estaban tirados, como se demostraría más adelante.

En la micro mencionada, no solo viajábamos los delegados al congreso. Solo tres estábamos en esa situación. Mayoritariamente, se trasladaban estudiantes, cuyas familias eran de Santiago y que aprovecharon la ocasión de sumarse al viaje ante la falta de otros medios de transporte debido a las huelgas.

Me alojé en casa de Jorge Matus, delegado DC al congreso y que vivía en

Barrancas (actual Pudahuel). Éramos amigos y lo seguimos siendo después de tantos años; no obstante nuestras diferencias políticas. Su familia, que vine a conocer en aquella oportunidad; era socialista. Nunca olvidaré la solidaridad recibida de parte de la Familia Matus Faúndez. Quince años más tarde tuve la oportunidad de visitar nuevamente la casa de sus padres con motivo del matrimonio de Jorge. Aun habiendo pasado 50 años, seguimos regularmente en contacto.

Del día 10 no guardo imágenes precisas. Recuerdo lo complicado que fue volver esa noche a la casa en Barrancas. Antes de regresar, había pasado por la librería de la Universidad a comprar un libro de Trotsky de título premonitorio respecto de lo que se venía encima: “El Fascismo”.

El 11 partió temprano. A falta de movilización pública nos trasladamos en la parte trasera de un camión desde San Pablo altura 8000 hasta Matucana. Llegando a la Universidad, se nos informó que un comando de derecha había volado la antena de la Radio de la Universidad. Fuimos de curiosos a terreno a constatarlos destrozos. A esas alturas ya habíamos escuchado el Bando N.º 1 de la Junta.

A partir de ese momento, los hechos se sucedieron vertiginosamente. En los patios de la Universidad escuchamos en vivo y en directo el último discurso de Allende y fuimos testigos del bombardeo al Palacio de la Moneda, ubicado a menos de veinte cuadras. El lanzamiento de cada “rocket”, la correspondiente estela que dejaba en su trayectoria y el seco estruendo al final, mostraba que estábamos frente a una situación extraordinariamente grave y seria. No pudimos evitar pensar que una operación de ese tipo estaría causando daño no solo a la Moneda, sino también a los que vivían y trabajaban en los edificios colindantes y que las víctimas serían muchas.

A principios de la tarde correspondió tomar una decisión: dónde ir o dónde quedarse. Jorge se fue a su casa, otros tomaron diferentes rumbos. Los demás —aproximadamente 800— decidimos permanecer en la Universidad. Para algunos fue el inicio de un largo camino que incluyó una prolongada estadía en centros de detención y campos de concentración. Para mí y unos pocos más, el destino nos tenía reservada otra salida.

El asalto a la Universidad del 12 de septiembre

Conocía a pocos de los que decidieron permanecer en la Universidad. La gran mayoría se instaló en la Escuela de Artes y Oficios. Un grupo menor, que

incluía a las autoridades universitarias, quedamos en las dependencias de la Casa Central. El destino me llevó a compartir con ellos los acontecimientos del día siguiente. Anochecía, el ambiente era lúgubre, habíamos sido informados de la muerte de Allende, corría el rumor de que Prats se desplazaba con tropas leales, para algunos desde el Sur, para otros desde el Norte. Mientras tanto yo tenía que buscar un rincón para descansar en lo posible. Estábamos agotados. Me instalé en una oficina vidriada del edificio de la casa central, donde me acomodé. Sin embargo, no pasó mucho rato para que me convencieran de que era mejor reunirme con los demás en la Sala del Consejo Superior, recinto cerrado, gruesas paredes y sin ventanas. Las oficinas eran vidriadas e inseguras. Sabio consejo, como se verá.



Casa Central UTE antes y después del asalto

Las fuerzas militares que ya merodeaban la Universidad esa noche se habían presentado en la puerta principal de la Casa Central y sabían de nuestra presencia allí. Dormimos desparramados por el suelo entre las butacas.

Alrededor de las 6:00 se inició el ataque de las fuerzas militares. Escuchamos como la metralla destruía los ventanales. En ese momento aún no tomaba conciencia de lo que habría pasado de haber permanecido en la oficina que había elegido. La foto de más arriba responde. Recuerdo a un audaz que abrió la puerta de la Sala del Consejo Superior para mirar. Luego se escucha un tiro de bazuca más un estruendo y ruido de vidrios quebrados. Segundos después reingresa con la cara y cabeza cubierta de sangre. Fue una de las víctimas mortales del asalto. La artillería continúa su labor y los proyectiles de grueso calibre que impactan las paredes del recinto que nos cobijan hacen retumbar el edificio. Parecíamos al interior de un tambor al cual le daban con furia.

La ansiedad y el natural miedo a lo desconocido iba en aumento. La situación llegó a su clímax cuando escuchamos una ráfaga en el primer piso,

seguida de un violento golpe que mostraba que la puerta principal de la Casa Central había sido forzada. Enseguida, ruido de botas trotando por las escaleras y subiendo al segundo piso, donde se ubica la Sala del Consejo Superior. En ese momento vino a mi memoria la matanza del Seguro Obrero. No obstante que sus víctimas habían sido nazis, no dejó de ser una cobarde masacre. Instintivamente me metí bajo uno de los mesones, esperando lo peor. La puerta de la Sala se abrió violentamente e ingresó un pelotón de soldados metralleta en mano.

Nos sacan a todos con golpes y empujones. Observo, al bajar por las escalas, el estado del edificio. Veo máquinas de escribir acribilladas, lo que me confirmó el destino que habría sufrido si hubiera permanecido en la oficina elegida para pernoctar. Afuera, en los pasillos exteriores techados nos colocan en doble fila con las manos en la nuca. No olvido cuando nuestro valeroso Rector, don Enrique Kirberg, lanza una sarta de insultos a los militares mientras es llevado a la fuerza a un vehículo; comienzo de un largo viaje que lo llevó a la Isla Dawson. Debemos haber estado como una media hora en esa doble fila, mientras se desplazaba un oficial, que se notaba que era el jefe, metralleta en mano, preguntando repetidamente: ¿Quiénes son extranjeros? Pasó a mi lado, le debe haber llamado la atención mi fenotipo, me enterró la ametralladora en el costado izquierdo y, mirándome fijamente, me volvió a realizar la pregunta, con una voz ronca que llegó a ser motivo de terror y muerte para muchos que en las semanas, meses y años venideros cayeron en sus garras. Era Marcelo Moren Brito.

Agotado de interrogar, separó al grupo, llevándose a la mayoría a la calle Ecuador, donde fueron conminados con todo tipo de amenazas a recostarse en el suelo con las manos en la nuca, una posición bastante incómoda por lo demás. Junto a un grupo pequeño, de no más de diez, entre los cuales recuerdo estaba el presidente de la FEUT, Osiel Núñez y algunas autoridades administrativas de la Casa de Estudios, entre estas el secretario general de la UTE Ricardo Núñez, futuro senador y con quien tuve la oportunidad años después en su casa de recordar los hechos, terminamos tendidos en el pasto, mientras Moren Brito vociferaba como enajenado que nos había separado para que pagáramos con nuestras vidas la supuesta muerte de algunos militares que habían participado en el cobarde asalto a la Universidad.

Las dificultades para entrar a la Escuela de Artes, donde había algunos pocos atrincherados respondiendo con armas de bajo calibre a los asaltantes, movió a los militares a concentrarse en tomar ese recinto. Después de algunas escaramuzas menores terminamos integrados en el grupo mayor tendido en la calle Ecuador, para luego ser trasladados a una cancha de basquetbol situada en

una de las entradas de la Escuela de Artes. Los militares asaltantes tenían ya controlado el recinto, aun cuando algunos audaces y valientes continuaban resistiendo en los techos. Al mayor Moren Brito no se le ocurrió mejor idea que colocar a sus soldados detrás de unos árboles ubicados en un extremo de la cancha, tener a todos los detenidos de pie en ésta en calidad de escudo y ordenar que dispararan a los techos sobre nuestras cabezas. ¡Prohibido agacharse!

A esas alturas ya eran como las 13 o 14 horas, o sea, habían pasado más de 7 horas desde el inicio del asalto.

En el grupo de detenidos en la cancha nos empezamos a ubicar entre conocidos. Estaba un compañero mío que representaba al PC en el Congreso de Ingeniería Mecánica, el Rector de la sede Antofagasta (también PC) y tres profesores de nuestra escuela, más otros que no recuerdo. De alguna manera el Rector consiguió reunirnos y pidió hablar con Moren Brito. En resumen, dando razones bastante ingenuas y jugando a nuestro favor que el psicópata a cargo de las tropas aún no estaba cebado por la sangre, como lo estaría un mes más tarde integrando la siniestra Caravana de la Muerte, pudimos convencerlo de que nos diera un salvoconducto para retirarnos. Ese documento, que resultó no tener mayor valor, se suponía necesario, ya que la Junta golpista había declarado toque de queda para el día 12.

¿Cómo supe que se trataba de Moren Brito el que estaba frente mío nuevamente? No porque llevara una identificación en su uniforme, que esos cobardes por cierto no portaban, como sí lo estilan las fuerzas armadas actualmente. Muy simple: me asignó el trabajo de secretario, me pasó una máquina de escribir y me puse a emitir los salvoconductos de los cerca de catorce liberados, presentándolos enseguida para su firma. Usamos como oficina un pequeño recinto que recuerdo era una peluquería, ubicado junto a la cancha. Mi salvoconducto lo guardé por muchos años y lamento haberlo extraviado. Así me grabé el nombre de ese psicópata, que años más tarde le tocó vivir en el mismo edificio donde residió la madre de la expresidenta Bachelet, a quien había torturado durante su detención y que cuando se encontraban en el ascensor no se atrevía de mirarla de frente.

Con el “salvoconducto” en mano, salimos por la misma puerta pequeña que da a la cancha y por la cual habíamos ingresado horas antes en fila con las manos en la nuca. Afuera nos dividimos. Un grupo volvería a un Hotel ubicado en Alameda, donde estaban alojados y donde les esperaban otras sorpresas, mientras que uno de los profesores de nuestra escuela, Edmundo Rubilar(qepd)

y yo caminamos en dirección norte. Los más de setecientos que quedaron en la UTE fueron trasladados y estuvieron a lo menos 30 días detenidos en el Estadio Chile y otros centros, como supimos después.

Mi intención era llegar a la casa de Jorge en San Pablo. No alcanzamos a recorrer más de cuatro o cinco cuadras pasando entre los edificios de la Villa Portales, cuando en la Avenida del mismo nombre, desde un recinto que alberga a Infantes de Marina, se nos conminó a subir las manos y a trotar hasta el acceso a este recinto. Ingresando, nos ordenan colocarnos contra un muro de espalda. Oímos el típico ruido de cuando preparan el arma para disparar. Quedamos helados.

Estuvimos como dos horas en aquel lugar, entre estar de rodilla con las manos en la nuca y tirados en una cancha de tenis, mientras recibimos todo tipo de amenazas e insultos o de cucullas. Supuestamente habrían chequeado nuestros salvoconductos, de modo que nos liberaron. Más bien nos lanzaron a la jungla. En mi caso, conocía muy poco el entorno. Había pernoctado dos noches en la casa de Jorge y sabía aproximadamente donde quedaba. Eso era todo. Además, ese recorrido lo hice solo, ya que Rubilar iba más cerca.

Fueron cuatro horas³ caminando por San Pablo, escabulléndome de cuantapatrulla se aparecía, ingresando a una pequeña iglesia donde no tuvieron ningún interés en darme protección cuando la solicité, hasta que pude llegar a destino.

En casa de Jorge estuve hasta el viernes 14. Ese día tomé varias micros con las que crucé prácticamente toda la ciudad hasta llegar a la casa de mis tíos ubicada en Las Condes. No tengo recuerdos claros de que pasó en los aproximadamente 10 días que estuve en su casa. Ellos, de derecha, celebrando el acontecimiento. Yo, por cierto, bastante deprimido. A fines de septiembre decido partir a Antofagasta en bus. Era, por lo demás el medio habitual que usaba para trasladarme. Viajar en avión era un lujo. Un viaje, en ese entonces, que duraba 18 horas. El que hice en esa oportunidad, algo más. Aquello, debido a los controles militares en el trayecto. Recuerdo uno a la salida de Santiago, pero por sobre todo la parada en Copiapó; donde los buses tenían que hacer escala al interior de un Regimiento del Ejército. Tuvimos que bajarnos, revisaron maletas, etc. Recuerdo que en el bus viajaban también dos alumnos de la UTE de Antofagasta, a quienes reconocía de filiación derechista. Por cierto, ellos me reconocieron y nos

³ 9 km que pude medir ahora gracias al Google earth. No es mucho para alguien que conoce el camino. lo. cual no fue mi caso.

saludamos. Como estuvimos a lo menos una hora en ese recinto, ellos se pusieron a conversar con un oficial joven a quienes conocían. Yo, imprudente, por cierto, me acerqué al grupo. En un momento el militar señala: “lo único que me gustaría es tener a un mirista frente a mi para meterle una bala entre cejas”. Nos miramos y todo quedó allí no más. A estas alturas ya me había gastado a lo menos cuatro vidas, considerando que un gato solo tiene siete y esto ya es mucho.

Finalmente llego a Antofagasta, sin tener muy claro si fue prudente hacerlo. En el intertanto el resto de mi biblioteca, que no pasó a manos de Vulcano en junio, ya había desaparecido de mi pieza. Se iniciaba en ese momento un período de algo más que un mes, en que decido quedarme en casa sin salir. Una suerte de prisión domiciliaria autoimpuesta. Fue un período muy depresivo, escuchando diariamente bandos que anunciaban el ajusticiamiento de tal o cual conocido. Después supe que Arellano y Moren Brito anduvieron por esos lados. Las atrocidades de sus actos, sin embargo, recién fueron de conocimiento público más adelante.

A pesar de las circunstancias del momento, tenía en mente seguir estudiando. Había aprobado los primeros tres semestres con buenas calificaciones y pensé que esto me ayudaría para ser admitido. Aunque pareciera un tanto ingenuo, visto desde el presente, me aceptaron. En ello, jugaron un papel importante algunos profesores, a quienes siempre estaré agradecido: don Jaime Godoy y sobre todo don Carlos Saavedra. El primero me dijo que él tenía una lista en la que yo estaba en segundo lugar de los expulsados. Don Carlos, director del departamento, cuyo hijo había sido compañero en mi colegio, me dijo que si le prometía no causarle “problemas” (que por lo demás le afectarían a él) iba a darme el pase. Cuando nos encontramos más adelante con su hijo Carlos, le recordé lo generoso que fue su padre y los buenos recuerdos que guardo de él. Fue siempre una persona muy tolerante y teníamos ya de antes muy buenas relaciones.

No fueron los profesores los que me denunciaron, tampoco algunos conocidos de derecha que tenía, aun considerando las enormes diferencias que nos separaban. Fue un sujeto, con quien ni siquiera había conversado alguna vez; conocido como el “Negro Pérez”. Me lo confesaron más adelante gente que lo conocía.

Así fue como a medianoche del martes 6 de noviembre de 1973 llaman telefónicamente a mi casa, preguntan por mi y cuelgan, para luego de algunos minutos golpear al portón. Estábamos curiosamente todos de pie. Hasta mi pobre abuela, que había viajado a Antofagasta a visitarnos y que no entendía nada de lo que estaba pasando. Los que venían a detenerme (que eran colaboradores civiles

de la SICAR: Servicio de inteligencia de Carabineros) no allanaron la casa. Solo pidieron que los acompañara. Afuera había tres jeeps Willis estacionados con los respectivos soldados en cada uno. Me subieron en el del medio. Así, escoltado, como si fuera un elemento peligroso, me llevaron detenido al Regimiento Esmeralda, ubicado al sur de la ciudad. Junto a mí iba sentado un personaje que durante el viaje me repetía que colaborara, ya que tenían métodos para conseguirlo si uno no se allanaba. Con el tiempo supe quién era. No lo voy a nombrar. Solo diré que se dedicaba a vender persianas en Antofagasta junto a su hermano y compañero de correrías en esos avatares. A propósito, dos años después, con ocasión del matrimonio de la hermana de mi cuñado, lo sentaron frente a mí en la mesa de invitados. No lo reconocí, pero él sí me reconoció. Supe después que se había sentido muy, pero muy incómodo.

Sobre mi permanencia en el regimiento por un día y el segundo en una celda del Cuartel de Investigaciones en calle Maipú no me voy a referir. Aunque fue una experiencia que me persiguió por años, tengo plena consciencia que el trato recibido no fue comparable ni cerca con las atrocidades cometidas por los miserables suches del dictador con muchos amigos y conocidos; algunos de los cuales pagaron con su vida su consecuencia.

Los primeros que llegaron a mi casa, después de liberado, a preguntar preocupados por mí, fueron dos amigos de derecha, compañeros de Universidad. Como nota al margen, que muestra que el mundo es chico, con uno de ellos- Eduardo Orellana Etchevers, primo de la señora de José Tohá, había tenido la oportunidad de visitar en el verano de 1973 la casa del ministro. No estaban los dueños de casa; solo una niña de unos 7 años jugando con unas muñecas: nuestra actual ministra del interior Carolina Tohá,

Volví a clases. El Sr. Pérez rehuía mi mirada cuando nos cruzábamos en los pasillos de la UTE. Además de tomar las clases correspondiente al cuarto semestre, ya que estaba “cesante”, se me ocurrió ingresar al Coro de la Universidad. Una manera de bajar las tensiones. Como se acercaba la navidad, nos invitaban a cantar fuera de la Universidad; y como la vida trae sorpresas, me tocó ir a cantarles; “de verdad” a los mismos que me habían “acogido” en el regimiento Esmeralda para la primera noche de mi detención. Una experiencia francamente kafkiana.

Otra novedad en el quehacer universitario fueron los actos patrióticos que comenzaron a celebrarse obligatoriamente todos los lunes en la mañana: la universidad en pleno (alumnos y profesores) en la cancha de basquetbol, interpretando el himno nacional y un alumno elegido por “sorteo” para izar el

pabellón patrio. Uno de los primeros, fue un camarada de Partido. Todavía lo veo incómodo y con la cabeza gacha. El viernes de la misma semana y preparando el “evento” del lunes venidero, se me acercó el profesor de inglés don Hugo Patiño para informarme que había resultado “elegido”. No tengo alma de valiente ni de mártir. Lo miré y le dije aproximadamente lo siguiente:” recuerde que yo y mi amigo Mario González Villanueva fuimos los únicos alumnos que nos inscribimos el semestre pasado para su ramo, optativo, de inglés técnico.⁴ Además, teniendo claro de que pensamos diferente, yo siempre lo respeté. Ahora espero lo mismo de Ud. Si insiste en que debo participar en el acto, prefiero que me expulsen”. Después de unos segundos de silencio, me dio la razón. Lo que hizo el profesor Patiño conmigo fue mínimo frente a otro caso que supe después, donde valientemente salvó de un futuro incierto a mi compañero y amigo Eduardo “Lito” Barraza, quien salió luego al exilio.

Algunas palabras para finalizar

Puedo afirmar que tuve suerte. Mi destino pudo ser distinto. Por cierto, este no dependía, como habría dicho mi amigo recordado Pedro Pérez (qepd), de la ubicación que uno hubiera tenido «en los palos del gallinero». Pinochet y sus adláteres no hacían distinción al respecto. Este hombre fue un cobarde que evitó el peligro y actuó siempre sobre seguro. Fue un traidor, que ordenó el asesinato de quien fuera su superior, el General Carlos Prats, quien ingenuamente lo propuso para sucederlo en el cargo de comandante en jefe. De una inteligencia limitada, de la cual era plenamente consciente, la expresaba en su resentimiento. Mandó a matar sin escrúpulos, coronando su existencia abyecta, robando.

Perdimos a compañeros y amigos. Además de los previamente mencionados de la Escuela de Sociología, se añadieron, entre otros, nuestros compañeros nortinos Juan y Jorge Andrónicos Antequera (1974), Pedro Labra Saure (1975) y Alan Rodríguez (1992). No los olvidaremos.

A pesar de que, sin duda, cometimos errores políticos graves, no tenemos las manos llenas de sangre. Cualquier análisis que justifique los eventos en función de lo que «podría haber sucedido» no es historia. La historia mal denominada contra factual es un constructo sin fundamento; no es más que una herramienta—en este caso—para justificar crímenes.

Seguiremos luchando por una sociedad más justa, teniendo en cuenta que

⁴ materia mal vista por algunos, que la mezclaban absurdamente con consideraciones de orden ideológico,

«justa» no significa perfecta. La perfección no existe. La experiencia nos ha revelado lo que quizá no quisimos asumir: la naturaleza. Esta no cambia en su esencia. A lo más, podrá moldearse para que sea menos dañina. Siempre habrá desigualdades. Después de sociedades esclavistas, pasando por las feudales y capitalistas, hemos llegado actualmente a construcciones en las que la propiedad de los medios de producción ha sido reemplazada por el control de los medios de producción, que terminan expresadas a finales de cuentas por una sociedad estratificada. Rusia es un buen ejemplo, ya que, de ser un país supuestamente socialista, con el colapso de la URSS, presencia un retorno a la propiedad privada, donde los beneficiados surgieron principalmente de aquellos que controlaban los medios de producción por cuenta del estado. En China está sucediendo lo mismo, pero en términos más extremos todavía. Solo tiene el nombre de un comunista. Como lo valora el sociólogo chileno Fernando Mires, allí se encuentra un sistema de producción capitalista esclavista. ¿Cree alguien honestamente que los productos de consumo masivo que China exporta y que, en nuestro país, a través de plataformas electrónicas, son adquiridos a vil precio, permiten pagar un salario justo a los trabajadores que participan en su producción? No existe un lugar en el mundo en el que alguna vez hubo una dictadura del proletariado, como lo observaban Marx y Engels. La idea de implantarla fue dirigida y guiada por una elite, preferentemente pequeña burguesa, con las consecuencias que estuvieron y están a la vista.

Finalmente, nunca olvidemos que todo proyecto de transformación social que prometa la construcción del paraíso en la tierra tiene una gran desventaja en comparación con uno que lo sitúa en el más allá. El primero necesita demostración, el segundo solo fe, siendo irrelevante si la promesa de su existencia es cierta o no.